

**LAS DERECHAS: TECNÓCRATAS,
LIBERALES Y *NEOCONS***

Fernando del Rey Reguillo (coord.)

PRESENTACIÓN

El historiador y el analista político recurren a conceptos que les guían y les ayudan en su empeño por estudiar y comprender un objeto de estudio cuando bucean en el análisis de las sociedades y los procesos políticos que las atraviesan. A menudo, se encuentran con definiciones que el ciudadano de a pie utiliza dando por descontado los significados que las mismas encierran. Pero cuando el observador académico intenta atrapar y codificar sus contenidos se enfrenta a una complejidad que, a priori, en el lenguaje común, no cabría sospechar, pues los conceptos al uso no siempre resultan suficientemente clarificadores y, en no pocas ocasiones, generan demasiada confusión al tratar de explicar la realidad. Posiblemente, todavía pocas voces cuestionan la virtualidad analítica y teórica del término «derecha» para definir las opciones ideológicas de carácter conservador presentes en el ruedo político de los países occidentales. La palabra forma parte de nuestro universo cotidiano, y se utiliza en el escenario político pese a que amplios sectores a los que se les atribuyen sus significados reniegan de ella, pues, como observara Duverger, pocas fuerzas políticas aceptan ser etiquetadas en tal sentido y tratan cuando menos de mimetizarse o definirse como «de centro». Fuera de dicho escenario, en los ambientes intelectuales el uso del término también sigue vivo, si bien se prefiere hablar de «derechas», en plural, conscientes sus mentores de las variadas situaciones y categorías políticas, ideológicas y culturales que se quiere englobar con el concepto en cuestión, que, como su antónimo «izquierdas», sólo es una etiqueta generalizadora que se utiliza en un sentido dinámico para tratar de entender el mundo político, sus actores y sus problemas (1). Esto no quita que, como tantos otros términos políticos y politológicos, sea equívoco, esquivo y objeto de fuertes controversias. Buena prueba de ello es que incluso en el lenguaje académico el concepto «derecha» se halla lejos de estar perfectamente fijado.

Desde que la palabra entrara en el vocabulario político con la Revolución Francesa ha llovido mucho y la Historia ha dado infinidad de vueltas. Mirando a la segunda mitad del siglo XX, que es el período que nos ocupa, difícilmente se podría identificar ya al grueso de «las derechas» con la reivindicación del *Ancien Régime* y la salvaguardia de los intereses de los privilegiados, frente a una «iz-

(1) SIRINELLI (dir.) (1992); WINOCK y otros (1995); ARRANZ (1995); GONZÁLEZ CUEVAS (2000) y (2005).

quierda» que supuestamente habría representado históricamente a los defensores de los cambios sociales y políticos, la libertad, la democracia o la igualdad. Un veredicto de esa naturaleza constituiría una simplificación, sólo en parte excusable en la boca —interesada o ignorante— de los que en la competición política intentan descalificar al contrario hablando de «derecha extrema» cuando en realidad se refieren a un conjunto que, estridencias circunstanciales al margen, no se corresponde con esa denominación. A estas alturas, después de los incontables experimentos autoritarios y totalitarios que nos ha brindado el pasado siglo, si algo se puede afirmar taxativamente es que la defensa de los derechos individuales y de los valores democráticos, liberales e igualitarios —entendidos estos últimos como sinónimo del principio de igualdad ante la ley y de la igualdad de oportunidades— no ha sido patrimonio exclusivo de «la izquierda». Es más, habría argumentos sobrados para sostener todo lo contrario, en la medida en que numerosas corrientes y ensayos dentro de ese universo mostraron una naturaleza antidemocrática, a menudo de forma brutal. La lista es amplia y abarca desde el anarquismo y el sindicalismo revolucionario hasta el leninismo, el estalinismo o el maoísmo, salpicando incluso a esas corrientes del socialismo marxista que se desvincularon en su momento de la socialdemocracia, alternativa finalmente triunfante en los países occidentales a partir de la II Guerra Mundial.

Más factible, y aun con no pocos matices, sería la identificación del concepto «derechas» con los significados que suelen atribuirse al conservadurismo genérico. A saber: el deseo de estabilidad y de preservación de lo existente; una posición escéptica frente a las innovaciones no graduales por miedo a sus impredecibles implicaciones; la aceptación del reformismo social como antídoto frente a las opciones revolucionarias; la preservación a ultranza de la ley, el orden, la autoridad y la propiedad privada como ejes reguladores de la convivencia comunitaria; el amor a las propias raíces, entendiéndose por tales la familia, las tradiciones, el lugar de nacimiento, y, por supuesto, la patria, su lengua, sus costumbres y su cultura, bajo la convicción de su necesaria e innegociable transmisión a las generaciones venideras en tanto que claves esenciales de la propia identidad. Pero, por encima de todo esto, si algo ha impreso su huella en el mundo conservador del último medio siglo, en sus distintas manifestaciones y con la salvedad de grupos minoritarios, ha sido la aversión providencial a la ingeniería social como instrumento de ordenación de la sociedad, una formulación que ha despertado sin duda más querencia en la cultura y las opciones políticas de izquierdas, con honrosas excepciones, claro está, y más en los países subdesarrollados que en Occidente. Llevado de su pragmatismo y de la crítica feroz de las salidas utópicas y sus horrores, el conservadurismo actual se ha confundido con la preservación de lo existente, pero sin cerrarse a los cambios progresivos al socaire de las enseñanzas que genera la experiencia política y la práctica institucional, más que tal o cual proyecto abstracto (2).

(2) NISBET (1995).

En virtud de su posición ante la idea de cambio, en el mundo académico se asentó desde hace ya muchas décadas una división tripartita en la que podrían inscribirse las distintas «derechas», en realidad muy dispares entre sí, como señalaron con un marco conceptual muy parecido, entre otros, Eugene Weber y René Rémond, que aquí condensamos así: la corriente reaccionaria o tradicionalista, la moderada o liberal-conservadora, y la radical o plebiscitaria-bonapartista (3). Este esquema ha sido relativamente válido para entender el universo derechista durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, pero su aplicación a los últimos decenios presenta más problemas, siquiera por la consolidación, primero, de la democracia-cristiana en varios países después de 1945, así como por la aparición, después, de corrientes tecnocráticas, populistas, neoliberales y neoconservadoras de signo muy distinto a partir de los años sesenta, de las cuales se da amplia cuenta en este monográfico. Las tipologías pueden ser y son, obviamente, más complejas, máxime si nos acercamos al presente. En las derechas francesas, por ejemplo, también hay quien distingue hasta nueve tendencias: contrarrevolucionaria, legitimista, orleanista, bonapartista, liberal, revolucionaria, fascista, extrema y gaullista (4). A grandes trazos, si el conservadurismo moderado o liberal-conservador fue típico del mundo anglosajón y escandinavo —en países por lo general protestantes—, siendo capaz de acomodarse en fechas relativamente tempranas a la democracia, en los países católicos hubo que esperar hasta bien entrado el siglo XX para que las derechas de inspiración cristiana y más tradicionalistas aceptaran ese régimen sin reticencias de tipo corporativo u organicista. Tales reticencias poco tenían en común con la tradición liberal, ejercitada con cierta solvencia en el juego parlamentario —en España y otros países mediterráneos— desde tiempo atrás.

Después de la segunda gran conflagración mundial, y de manera más aguda a partir de 1960, todo se complicó. El eclipse de los movimientos que pretendían proponer en Occidente una alternativa global a la sociedad nacida a finales del siglo XVIII posibilitó el resurgimiento y la rehabilitación de la vieja tradición liberal con toda su batería de ideas-fuerza y principios emblemáticos (los derechos humanos, la división y el control del poder, la autonomía de la «sociedad civil», etc.). Con todo, aunque las diferentes corrientes liberal-conservadoras que emergieron entonces mantenían un entronque con el pasado, la suya no fue sólo una puesta en cuestión de la socialdemocracia occidental o del totalitarismo comunista. Fue también una reacción contra el conservadurismo que arraigó en las democracias occidentales en el período de entreguerras y en la inmediata posguerra a través de formulaciones preferentemente cristiano-sociales. Esa vía fue considerada demasiado intervencionista por aquéllas. No en vano, a raíz de la crisis de 1929 y en el marco del ascenso de los fascismos y del bolchevismo, el mundo conservador acabó aceptando el Estado del bienestar, la expansión de

(3) ROGER y WEBER (1971); RÉMOND (1982).

(4) SIRINELLI (dir.) (1995).

la empresa pública, el incremento de la presión fiscal y las políticas keynesianas, proclives por definición a la fuerte intromisión del poder público en el mercado y a los pactos sociales entre el capital y las organizaciones sindicales, amparados por el arbitraje de los gobiernos. La reacción contra ese viraje estatista se produjo en fechas tempranas de la mano de economistas liberales ortodoxos (Frederich Hayek, Milton Friedman...), que en principio no fueron muy escuchados, pero cuya influencia a la postre sería inmensa, sobre todo cuando el modelo de crecimiento de inspiración keynesiana, socialdemócrata y socialcristiano, comenzó a mostrar síntomas de agotamiento a partir de los años setenta. Aun así, no se debe pasar por alto que el resurgimiento liberal mostró, a su vez, varias caras. La propia división de los pensadores liberales expresa el hecho de que la herencia liberal se halle hoy repartida entre corrientes diversas e incluso opuestas. Mientras Raymond Aron, que no era economista, a pesar de todas sus convicciones aceptó los fundamentos básicos del Estado del bienestar, viendo en él un compromiso aceptable con los presupuestos socialistas y una extensión de los mecanismos de protección de las libertades, F. Hayek y otros lo pusieron en tela de juicio por estimarlo un trampolín hacia la perversión del orden político y económico de las sociedades libres (5).

Las dos últimas décadas del siglo XX asistieron a la crisis de la reflexión teórica de inspiración marxista, acompañada por un retorno de los citados sistemas ideológicos, esfumados, cuando no en descrédito, desde mucho tiempo atrás. El año 1979 puede considerarse el punto de inflexión en que la influencia política y cultural de 1968 dejó de dominar el escenario político. Una «nueva derecha», forjada lentamente en los quinquenios previos, llamaba a la puerta por doquier, con una fuerza inusitada y plasmada en escenarios variopintos: grupos de estudio, asociaciones, revistas y periódicos, conferencias, ensayos, etc. (6). Indudablemente, su puesta de largo política y su cristalización concreta se escenificó en la victoria electoral de los conservadores británicos de la mano de Margaret Thatcher, seguida después por el éxito de Ronald Reagan en las presidenciales de 1980 en los Estados Unidos. Ambos hitos no eran sino la punta de un iceberg que respondía a un movimiento ideológico más profundo, caracterizado por la vuelta al primer plano de las ideas liberal-conservadoras, reflejadas en la apuesta por la economía abierta, la crítica del estatalismo intervencionista —tanto en su versión democrática como totalitaria— y la glorificación de los valores individuales. Ello suponía una ruptura frontal con los modelos políticos y económicos imperantes en los países occidentales desde 1945.

Lo que se dio en llamar «revolución neconservadora» o «neoliberalismo» en el lenguaje político de las últimas décadas del siglo XX consistió básicamente en un retorno sin complejos al mercado, la desregulación de la economía y

(5) RAYNAUD (1996).

(6) Un testimonio sobre el terreno de ese punto de inflexión, muy centrado en Francia, en BENOIST (1982).

las relaciones laborales, el recorte del poder sindical, el protagonismo de la iniciativa privada y la atenuación de los costes del Estado «social» o del bienestar (7). Desde la izquierda, este nuevo viraje se ha identificado con la reivindicación, casi integrista, de la globalización de la economía mundial al margen de toda regla y control institucional. Pero la percepción, con las cifras en la mano, parece exagerada si se tiene en cuenta el enorme peso que todavía tiene el Estado en tantas economías occidentales. Por más que, por ejemplo, las privatizaciones de empresas públicas hayan constituido una tendencia de amplio alcance, nadie puede afirmar con rigor que, al menos en Europa, las políticas sociales y los servicios públicos esenciales se hayan visto recortados drásticamente, ni siquiera en Gran Bretaña, uno de los países en los que la susodicha «revolución conservadora», junto con Estados Unidos, tuvo una repercusión mayor en los años ochenta. Y no serían los únicos, pues la influencia de esas ideas irradiaron por todo el mundo. Qué duda cabe que, junto a estos impulsos ideológicos, la posterior caída del Imperio Soviético y de la mayoría de sus satélites, a partir de 1989, si todavía no estuviera claro para algunas voces, dio el golpe definitivo a la hegemonía que los valores de izquierdas habían disfrutado en la vida política e intelectual durante décadas.

La llegada al Papado de Karol Wojtyła, por último, con lo que ello tuvo de alejamiento del espíritu aperturista del Concilio Vaticano II, también ayudó en no pequeña medida al reverdecimiento de los valores conservadores. Su réplica en algunos países de cultura protestante, pero elevada al cubo, vino dada por algunas manifestaciones de radicalismo cristiano evangélico, muy crecidas en los últimos tiempos sobre todo en los Estados Unidos. De hecho, hay quien opina que donde el movimiento conservador seguiría realmente vivo sería en el ámbito religioso (los fundamentalistas norteamericanos, los integristas franceses) y en el campo de la crítica filosófica de los «abusos» del racionalismo (M. Oakshott) o la «ponzoña» del subjetivismo (C. S. Lewis, R. Weaves) (8). Todas estas propuestas, como otras que se han dado en los últimos doscientos años, no siempre se han confundido con el liberalismo político y económico, cuya factura conservadora es muy discutible en varias de las corrientes que lo integran (no digamos ya su pretendido integrismo). Conviene recordar, frente a los que identifican sin más conservadurismo con liberalismo, que el primero, aun cuando no siempre es fácil de delimitar con precisión, en los orígenes se perfiló como una realidad histórica cuya unidad y autonomía doctrinales radicarón en lo esencial en su frontal oposición tanto a la «familia socialista» como a la «familia liberal», aunque, como es de sobra sabido y no dejamos de apuntar aquí, también ha habido un liberalismo conservador o un conservadurismo liberal muy pujante en determinados países y etapas del pasado (9).

(7) Ver la voz «neoliberalismo» (a cargo de Álvaro Espina) en GINER, LAMO DE ESPINOSA y TORRES (eds.) (2006), p. 599.

(8) El clásico, que ya tiene versión española, es de obligada consulta: OAKESHOTT (2007).

(9) BÉNÉTON (2001); las corrientes conservadoras antiliberales, en HOLMES (1999).

Desde un punto de vista sociológico, los viejos esquemas explicativos de signo estructural resultan, no ya problemáticos, como en el caso del enfoque ideológico, sino abiertamente inservibles para estudiar el universo conservador del último medio siglo. El advenimiento de la «sociedad de masas» en el curso del siglo XX representó la pesadilla del conservadurismo. No en vano previamente, en los albores del sistema parlamentario y del Estado liberal, la «derecha» se hallaba representada por partidos aristocráticos, y, más adelante, asentados ya los regímenes constitucionales, por partidos liberales pilotados por elites *burguesas* (grandes propietarios, industriales, financieros, abogados). Pero desde el período de entreguerras, si no antes, esa realidad también cambió. Las tradicionales segmentaciones sociales dejaron de tener validez. Desde entonces, cada vez fueron más raros los partidos «de clase» o «ideológicos» y, en lógica consecuencia, el electorado de las grandes opciones partidistas se pareció cada vez más, primando en todas un creciente interclasismo a medio camino entre lo popular y lo mesocrático. Así pues, desde hace mucho tiempo, al menos en Occidente, los partidos se esmeran en atraer categorías de votantes muy dispares, circunstancia que ha alterado el perfil de las bases sociales tradicionales que los apoyaban. A diestra y siniestra, en Europa y Estados Unidos, en Japón o en Canadá, e incluso en algunos países latinoamericanos, los grandes partidos alimentan una vocación socialmente muy integradora, lo que les obliga a no limitarse a recoger las aspiraciones de un grupo social concreto.

Así, la transversalidad se ha impuesto (10). En este sentido, los vasos comunicantes entre las distintas opciones políticas de izquierdas y derechas nos indican que los espacios compartidos por ellas son más comunes de lo que las estridencias de la lucha política diaria a menudo nos dejan ver. En el perfil de sus respectivos electorados, desde luego, pero también en las políticas públicas que alientan, ya sea en las estrategias económicas que diseñan, ya sea en los pactos sociales que arbitran —de tipo corporativo por lo general, gobierne quien gobierne—, ya sea en las grandes líneas de la política exterior o incluso, en fin, en el diseño del Estado. A partir de un consenso básico en torno a la democracia y a la economía de mercado, las diferencias programáticas entre la izquierda y la derecha «se reducen básicamente a la discusión sobre la mayor o menor intensidad que debe alcanzar el intervencionismo de los poderes públicos en la vida social y económica y en la fijación de los límites a los que ha de constreñirse la función redistribuidora de la riqueza que compete efectuar al Estado.» Ello obliga a los partidos a un desplazamiento hacia la moderación ideológica y el centro político, espacio disputado y reivindicado por ellos en virtud de la obsesión por conectar con la mayor parte del electorado (11).

El caso español en los últimos años es un ejemplo paradigmático al respecto. Por ejemplo, frente a la estrategia de la *España plural* impulsada por el go-

(10) BEALEY (2003), p. 234.

(11) UÑA JUÁREZ y HERNÁNDEZ SÁNCHEZ (dirs.) (2004), p. 347.

bierno socialista de Rodríguez Zapatero desde 2004, una vía que tiende a situar las singularidades culturales y territoriales por encima del principio de igualdad y de los derechos individuales, frente a esa lógica, repito, se ha alzado vociferante el Partido Popular, erigido en defensor a ultranza de las esencias de la Constitución de 1978. Tal actitud le ha valido al segundo la calificación de «centralista» por parte de sus adversarios. Sin embargo, su estridente acción opositora no le ha privado de colocarse en la estela del Estatut de Catalunya que tanto ha criticado, tratando de alcanzar el mismo techo competencial en las comunidades gobernadas por sus hombres. En el mismo orden de cosas, su reconocimiento de la región andaluza como «nación», término incluido en su respectiva reforma estatutaria, que el PP ha suscrito, es otro síntoma al respecto; paradójico, sin duda, en un partido que últimamente esgrime el nacionalismo español como una de sus señas de identidad predilectas. Al final, los dos grandes partidos, como casi todo el arco parlamentario en realidad, de manera explícita o implícita, se han rendido a las mieles del reparto territorial del poder, otra muestra más de los muchos espacios comunes a todas las formaciones, de izquierdas o derechas, lo reconozcan o no. A propósito de este debate, por encima de dónde se sitúe cada fuerza política, la pluma del filósofo Fernando Savater resulta esclarecedora, a la par que didáctica, al preguntarse por los alineamientos partidistas en torno a la idea de «progreso», que históricamente, y también hoy, se suele atribuir más a la izquierda que a la derecha (12) y que, desde luego, también es de aplicación problemática:

«Uno de los más notables enigmas de la actual política española al constituir los consistorios de ayuntamientos o comunidades autónomas es el empeño en llamar ‘gobierno de progreso’ a cualquier combinación que incluya a nacionalistas y partidos de izquierda, con tal de que excluya al PP. Es difícil imaginar por qué regla de tres semejantes contubernios pragmáticos —sin duda muy convenientes para los intereses particulares de quienes los protagonizan— representan un ‘progreso’ para todos los demás (...). *Nada hay de progresista en romper la igualdad legal o fiscal del Estado de Derecho ni en fórmulas de inmersión lingüística educativa y social que no sólo atropellan la lengua materna de los castellano-hablantes sino que también amenazan la necesaria existencia de una lengua política común*, indispensable para el funcionamiento de una comunidad democrática plural» (13).

Si se aceptase el cuadro crítico de Savater, habría que concluir que, al menos en los extremos apuntados, el socialismo de Rodríguez Zapatero, cautivo de sus socios nacionalistas y de la izquierda verde, se habría alejado de «esa mezcla civilizada» que hace más de una década atribuía José María Maravall al socialismo liberal o la socialdemocracia:

(12) La definición, y sus dificultades, del «conservadurismo» en oposición a «progresismo», en BONAZZI (1983).

(13) F. SAVATER: «Regreso al progreso», *El País*, 4-VIII-2007. El subrayado es mío.

«Si la izquierda quiere ofrecer lo mejor de sí misma, y rechazar todos los atropellos perpetrados en su nombre, contra la tolerancia, la libertad, y también contra la igualdad, el camino pasa por esta concepción de la igualdad *como maximización de las libertades sin generar discriminación, por esta combinación social de la economía de mercado con la redistribución de los recursos y las oportunidades*» (14).

Llegados a este punto, cabe preguntarse si las similitudes y los espacios comunes compartidos por las fuerzas políticas *conservadoras* y *progresistas* nos impiden hoy hablar de izquierda y derecha. Es evidente que la derecha o derechas han presentado una faz diferente según el tiempo y el lugar, pero a pesar de todo hay ciertas continuidades, y en cualquier caso nada mejor que emplear el término relacionándolo con regímenes concretos, en particular si se trata de regímenes con sistemas parlamentarios y sistemas de partidos consolidados. Desde esta perspectiva, se comprende que tanto el término izquierda como el término derecha sean términos relativos, y que lo que en un contexto determinado se puede considerar de izquierda en otro puede tener el significado inverso, pues ambas posiciones son comparadas. Así, únicamente, es como la definición canónica podría continuar siendo útil:

«**Derecha.** Ideología, tendencia o partido político que, en el marco de un sistema político parlamentario defiende posiciones conservadoras en el sentido de mantenimiento de las estructuras sociales, económicas y políticas, como las más adecuadas, evitando introducir reformas que consideraban inadecuadas y peligrosas para la estabilidad de la sociedad. Se opone al concepto de izquierda. En el siglo pasado [por el s. XIX] se asignaba este concepto conservador, opuesto al liberalismo. Hoy en día son catalogados como derechistas los partidos parlamentarios conservadores, demócrata cristiano y liberales. En el campo político se califica como derecha lo conservador. Son de derecha las ideas que propugnan el mantenimiento de la situación prevaleciente, así como las personas que se adhieren emocionalmente al pasado y no quieren cambios en las estructuras existentes» (15).

Si la estabilidad, el rechazo de los cambios estructurales y la prevención ante las reformas estimadas como «peligrosas» constituyen los ejes de referencia para delimitar el campo político conservador, ¿cómo conceptuamos a los regímenes izquierdistas que se forjaron por procedimientos revolucionarios y una vez en el poder se mostraron y se muestran impenetrables a la democratización y a la extensión de los derechos políticos y libertades individuales? Por este camino, aplicando en su literalidad la definición de la cita sangrada, alguien podría estar tentado de considerar, por ejemplo, al régimen de Fidel Castro —que no es parlamentario, sino una dictadura de partido único— como conservador o reaccionario, y a sus opositores como progresistas. Y a la inversa, lo mismo valdría para la *Perestroika* de Gorbachov, que escenificaría la segunda opción frente a la vieja guardia estalinista que intentó un golpe de Estado contra

(14) Cit. en AA.VV. (1995), p. 79. La cursiva es mía.

(15) SERRANO ROJAS (1998), p. 327.

él, a la que habría que considerar el sector reaccionario o conservador de ese sistema comunista en los años que alumbraron la inmediata, e inesperada entonces, disolución de la Unión Soviética. Lo mismo valdría para los sectores del Partido Comunista Chino que, aferrados a las esencias de la Revolución Cultural, tras la desaparición del *Gran Timonel* quisieron dinamitar la estrategia aperturista de Deng Xiao Ping a finales de la década de los setenta. Fernando Savater vuelve a dar en el clavo y nos ayuda a desliar el ovillo:

«Respecto a la noción de progreso existe un acrisolado prejuicio que lo liga a la política de izquierdas (simétrico al que llama ‘modernización’ a cuanto aligera de trabas de protección social para facilitar la extensión del capitalismo internacional). Pero cuando se hace inasumible la vinculación entre progreso e izquierda, como en los totalitarismos comunistas, se decreta que allí no se trata de una izquierda ‘verdadera’. Sin embargo, Stalin era de izquierdas, qué otra cosa podía ser, aunque también profunda y radicalmente reaccionario. Y los gerifaltes del comunismo español que disfrutaban de la hospitalidad de Ceaucescu o Kim Il Sung se portaban como correctos miembros de la izquierda, aunque también como cómplices de los gobiernos más reaccionarios de la época. Aunque no hace mucho, en nuestro Parlamento, se presentó una moción para solicitar a la dictadura cubana que liberase a sus presos políticos: sólo tres partidos de derechas —PP, PNV y CIU— adoptaron la actitud progresista de apoyarla, mientras que los grupos de izquierda se unían para rechazarla con reaccionario entusiasmo» (16).

¿Y cómo calificar a los dirigentes del Partido Comunista chino actual, felices amparadores de un crecimiento capitalista acelerado en el que buscan una legitimación que se resisten, como gato panza arriba, a obtenerla en las urnas? ¿Dónde ubicamos, por su lado, los múltiples experimentos populistas que en la historia han sido? ¿Y Sarkozy?, ¿qué hacemos con el flamante personaje que se acaba de aupar por méritos propios al liderazgo de la derecha francesa? Incluso desde la izquierda se le reconoce brillantez: «es llamativo, seductor y tiene la virtud de afrontar problemas reales de la sociedad con un lenguaje nuevo». «Su discurso es republicano, democrático, ciudadano, sin resabios *ancien régime*». «Exalta el valor de la autoridad y del orden, pero también del trabajo y del mérito como medio de ascensión social» (17). Además de fichar algunas lumbreras del socialismo para integrar su equipo (lo cual realza todavía más su inteligencia política), a Sarkozy no le tiembla el pulso, por ejemplo, al enfrentarse a los sindicatos del transporte galo en la pretensión de reformar unos planes de pensiones y jubilaciones claramente privilegiados con respecto a los que benefician al resto de los trabajadores franceses. ¿Qué es más progresista en este caso, justificar la perpetuación de los intereses gremiales de esos sindicatos o situarse del lado del líder de la derecha francesa? El presidente galo ha argumentado esgrimiendo el principio de la equidad, al que no todo el mundo, claro está, le confiere los mismos significados: «fui elegido para cambiar Francia, y

(16) SAVATER, *art. cit.*

(17) J. BORJA: «Nueva derecha, vieja izquierda, o todo lo contrario», *El País*, 26-IX-2007.

esa reforma es una cuestión de justicia, igualdad y saneamiento» (18). Por contraposición a los privilegios gremiales de los sindicatos, esta formulación resulta difícilmente rebatible, pero, si se acepta linealmente, entonces quizás habría que empezar a cuestionar el modelo de Norberto Bobbio, uno de los pocos autores solventes que le quedan a los ideólogos de la izquierda occidental en su legítimo afán de marcar distancias con las derechas. Bobbio encuentra el eje distintivo entre los dos campos políticos, entre la izquierda y la derecha, en su ubicación respecto de la díada igualdad/desigualdad, pero a estas alturas a lo mejor ni siquiera ese eje resulta ya muy esclarecedor. ¿Consideraría Bobbio más progresista a Sarkozy que a los sindicatos?:

«Para este autor, la escala de prioridades políticas entre concebir la díada indicada como derivada de situaciones sociales corregibles y asumirla como natural e incorregible distingue el perfil político de las derechas en el mundo moderno. Al enfatizar el rol de las asimetrías e inequidades como esencias, se puede comprender no sólo el conjunto de semánticas que posicionan a tales grupos, sino también el conjunto de acciones que las sustentan» (19).

La aparente paradoja la resuelven los seguidores de este autor afirmando que, en el fondo, es una cuestión de grado, porque como el propio Bobbio subraya no se trata de atribuir a la izquierda el objetivo de eliminar todas las desigualdades, sino una mayor sensibilidad en esa línea mirando a los más necesitados, en contraste con la derecha que, sin embargo, tampoco se empeña en conservarlas todas y en cerrar las puertas al reformismo social (20). En este juego dialéctico que nos ocupa no faltan sin embargo quienes denuncian, en la senda de la literatura panfletaria de siempre, que el mero hecho de plantearse preguntas, dudas y matices como los que anteceden es una forma de hacerle el juego a la derecha y al conservadurismo, en sí mismos intrínsecamente perversos e involucionistas. De todo hay en botica, y no es malo que así sea en las sociedades pluralistas, incluso si se trata de aquellos que postulan su fidelidad a los viejos dogmas izquierdistas, por más que éstos impidan pensar o transgredir las herrumbrosas fronteras de la ortodoxia:

«La nueva derecha está camuflada en medio de una maraña de argumentaciones efectistas en torno a los cambios que propugna para disminuir la presencia del Estado en el quehacer económico de la sociedad, volver al régimen de inhibiciones estatales, ‘globalizar’ la economía, abatir aranceles, abrir mercados, ‘desregular’ las actividades económicas. Tacha de ‘conservadores’ a quienes a ellos se oponen. Insinúa que los izquierdistas se han vuelto derechistas en la medida en que montan guardia a los viejos sistemas estatistas. Sin embargo, lo que importa averiguar, en este mundo de confusiones, es quiénes son los beneficiarios de esos cambios. Si ellos mejoran las condiciones de vida de la mayoría, son realmente cambios hacia

(18) ABC, 17-X-2007.

(19) CONSTANTINO TOTO (2000).

(20) BOBBIO (1995).

adelante, en la dirección de la justicia social, impulsados por mentalidades progresistas. Pero si aventajan a grupos minoritarios, en la dirección de la concentración del ingreso, tales cambios implican un retroceso histórico. En consecuencia, solamente los primeros pueden acreditar una posición progresista —una *nueva izquierda*, en algunos casos— puesto que los demás responden a los inveterados intereses de los grupos de privilegio económico, custodiados por la nueva derecha, que enmascaran sus intenciones detrás de múltiples fórmulas seudoprogresistas (...). Lo cierto es que una onda expansiva de conservadurismo recorre el mundo y, a pretexto del fracaso de las fórmulas estatizantes del marxismo, quiere volver a las viejas recetas del *laissez faire*» (21).

Las reflexiones y las preguntas podrían, en fin, multiplicarse hasta casi el infinito, pero no se trata de rizar el rizo ni de pretender dar respuestas cerradas a preguntas que posiblemente no las tienen, como tampoco a conceptos que sólo se entienden, con sus variados significados, en una perspectiva diacrónica y espacial cambiante y diferenciada. Quizás lo más fácil y más sensato sea ajustarse a lo que sostienen Sirinelli y Vigne al mirar a la historia de Francia, aunque la conclusión es generalizable al resto del mundo: «Les droites existent: d'une part, dans l'autoperception des acteurs du politique, c'est-à-dire les Français eux-mêmes; d'autre part, dans les mots du débat civique et de la mémoire collective; enfin, dans la production savante, qui, le plus souvent, a entériné cette autoperception et confirmé le sens de ces mots» (22). Pero como sugiere Michel Winock, entre las mil precauciones que deben tener presentes el analista político y el historiador, lo mínimo es aceptar que: «la droite —comme la gauche— garde un caractère composite, se référant à des groupes et à des individus qui se combattent plus souvent qu'ils ne s'unissent» (23). Lo interesante, y lo apasionante, es afrontar esa pluralidad compleja describiendo sus variaciones, sus límites, sus desarrollos y sus contradicciones, sin prejuicios y sin anteojeras, y también con un cierto escepticismo y moderada ironía, rumbo que por su parte sugiere Víctor Pérez Díaz: «quizá adoptamos con demasiada facilidad un sistema clasificatorio, que si lo analizamos con cierta distancia es bastante tópico y dudoso». Ante las palabras «derecha» e «izquierda» —continúa— tal vez debiéramos:

«(...) tomarlas no tan en serio como pretenden, considerar que en realidad nos pueden ser útiles e importantes como elementos de referencia de nuestras propias experiencias, como elementos de referencia de nuestro proceso de educación sentimental, como algo que antes o después tendremos que comprender a cierta distancia, esperando que algún día lo comprendamos con tanta distancia que podamos ver que era un paso necesario pero superable» (24).

(21) BORJA (1997), pp. 218-221.

(22) SIRINELLI, *op. cit.*, p. 19.

(23) WINOCK, *op. cit.*, p. 11.

(24) Cit. en AA.VV., *op. cit.*, pp. 92-99.

Para reflexionar en profundidad sobre algunas de las cuestiones que se acaban de apuntar y otras muchas, vinculadas a la historia del último medio siglo, se ha contado en este dossier con siete excelentes especialistas, que han asumido el reto desde sus respectivos campos de estudio. Cinco de ellos se han centrado en España, aunque elevando y contextualizando sus reflexiones más allá de nuestras fronteras. Los otros dos lo han hecho, respectivamente, poniendo la vista en los Estados Unidos de América y en Europa. Pedro Carlos González Cuevas, uno de los mejores conocedores de la historia de las derechas españolas y autor de numerosas monografías relacionadas con esta temática, analiza la derecha tecnocrática que pilotó el espectacular crecimiento económico de los últimos años de la dictadura franquista. Charles Powell, buen conocedor de la historia más reciente, estudia la posición de las fuerzas liberales y conservadoras ante los desafíos que trajo a nuestro país la Transición a la democracia. A su modo, recurren al mismo enfoque Pablo Martín Aceña y Feliciano Montero desde sus atalayas específicas, la historia de la Iglesia y la historia económica, en las que ambos gozan de amplio reconocimiento en el mundo académico. Por su parte, Javier Muñoz Soro, el más joven de los investigadores aquí reunidos y autor de un libro brillante sobre la cultura del franquismo, nos ofrece una valiente y trabajada aproximación al vivero de las ideas y de la intelectualidad conservadora española, que le ha llevado a sumergirse, dándole preferencia incluso y no sin afán polémico, en la más reciente actualidad. Por último, y no por ello menos importante, la dimensión más universal del monográfico la presentan Julio Aramberri, con un interesantísimo recorrido por las raíces ideológicas del conservadurismo norteamericano moderno, y Ferran Gallego, con una aproximación comparada a las derechas de Gran Bretaña, Alemania, Francia, Italia y España en el último período, recorrido que le ha obligado a un esfuerzo a todas luces ciclópeo.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ARRANZ, LUIS (1995): «Historia y Política», *Nueva Revista*, nº 41, octubre-noviembre, pp. 81-93.
- AA. VV. (1995): *Las claves del debate. Derecha e izquierda*, Madrid, Taurus.
- BEALEY, FRANK (2003): *Diccionario de Ciencia Política*, Madrid, Ediciones Istmo.
- BÉNÉTON, PHILIPPE (2001): «Conservadurismo», en RAYNAUD, PHILIPPE y RIALS, STÉPHANE (eds.): *Diccionario Akal de Filosofía Política*, Madrid, Akal, pp. 134-137.
- BENOIST, ALAIN DE (1982): *La nueva derecha*, Barcelona, Planeta-Instituto de Estudios Económicos.
- BOBBIO, NORBERTO (1995): *Derecha e Izquierda. Razones y significados de una distinción política*, Madrid, Taurus.
- BONAZZI, TIZIANO (1983): «Conservadurismo», en BOBBIO, NORBERTO y otros (eds.): *Diccionario de Política*, México, Siglo XXI, pp. 318-323.

- BORJA, RODRIGO (1997): *Enciclopedia de la política*, México, Fondo de Cultura Económica.
- CONSTANTINO TOTO, MARIO (2000): «Derecha», en BACA OLAMENDI, Laura y otros (comps.): *Léxico de la política*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 152-154.
- GINER, SALVADOR; LAMO DE ESPINOSA, EMILIO y TORRES, CRISTÓBAL (2006): *Diccionario de Sociología*, Madrid, Alianza Editorial.
- GONZÁLEZ CUEVAS, PEDRO CARLOS (2000): *Historia de las derechas españolas. De la Ilustración a nuestros días*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2005): *El pensamiento político de la derecha española en el siglo xx. De la crisis de la Restauración al Estado de partidos (1898-2000)*, Madrid, Tecnos.
- HOLMES, STEPHEN (1999): *Anatomía del antiliberalismo*, Madrid, Alianza Editorial.
- NISBET, ROBERT (1995): *Conservadurismo*, Madrid, Alianza Editorial.
- OAKESHOTT, MICHAEL (2007): *La actitud conservadora*, Madrid, Ediciones Sequitur.
- RAYNAUD, PHILIPPE (2001): «Liberalismo», en RAYNAUD, PHILIPPE y RIALS, STÉPHANE (eds.): *Diccionario Akal de Filosofía Política*, Madrid, Akal, pp. 462-470.
- RÉMOND, RENÉ (1982): *Les droites en France*, París, Aubier.
- ROGER, HANS y WEBER, EUGEN (1971): *La derecha europea*, Barcelona, Luis de Caralt.
- SERRANO ROJAS, ANDRÉS (1998): *Diccionario de Ciencia Política*, México, UNAM-Fondo de Cultura Económica.
- SIRINELLI, JEAN-FRANÇOIS (1992): *Les droites françaises. De la Révolution à nos jours*, [París], Éditions Gallimard.
- UÑA JUÁREZ, Octavio y HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, ALFREDO (dirs.) (2004): *Diccionario de Sociología*, Madrid, Esic Editorial.
- WINOCK, MICHEL y otros (1995): *La droite depuis 1789. Les hommes, les idées, les réseaux*, Paris, Éditions du Seuil.